

3. Historia y ciencias sociales: España

Peer Schmidt (ed.): *Kleine Geschichte Spaniens*. Stuttgart: Philipp Reclam 2002. 548 páginas.

Han pasado –como recuerda el coordinador de esta obra, Peer Schmidt– más de seis décadas desde la aparición de la última “Historia general” de España en lengua alemana. Pero mientras que esta última fue escrita por una sola pluma –la de Richard Konetzke–, esta nueva, publicada por la editorial Reclam dentro de una serie de breves historias nacionales, es obra de un colectivo internacional de ocho autores. El texto se divide en nueve capítulos orientados en las cesuras clásicas de la historia española, cuyo tamaño se extiende progresivamente en cuanto avanza la cronología. Aparte de una breve introducción del coordinador, el compendio se abre con una reseña de la época antigua de Pedro Barceló. A ésta sigue –algo en contra de la coyuntura histórica– la historia de los reinos cristianos medievales (José L. Martín Martín), mientras que la dominación musulmana de la Península (bosquejada por Pierre Guichard) se reservó para el tercer capítulo. Fuera del orden cronológico se sitúa un corto apartado de Christian Windler sobre las minorías religiosas en la España cristiana, seguido por una larga reseña del reino de los Austrias (Friedrich Edelmayer). La época moderna se cierra con un capítulo sobre el siglo XVIII de Peer Schmidt, y los últimos tres apartados, que cubren prácticamente la segunda mitad del tomo y de los cuales son responsables Hans Otto Kleinmann, Hedwig Herold-Schmidt y (otra vez) Peer Schmidt respectivamente, llevan al lector hasta el año 2000.

A pesar de tantos autores diferentes y de un espacio muy reducido, hay que destacar el alto grado de homogeneidad de la obra a la que contribuyen un razonado equilibrio

entre los diferentes capítulos y subcapítulos, así como las breves síntesis y tablas cronológicas al principio de cada uno de ellos. Por otro lado, cabe resaltar el ajuste alcanzado entre las diferentes esferas de la historia tratadas a lo largo del texto como son el ámbito económico, social y político. Así, aparte de la primacía de los acontecimientos, de la *histoire événementielle*, en todos los capítulos el lector encuentra amplias informaciones respecto a las grandes líneas evolutivas de la sociedad y su estructura económica. La cultura, por su parte, recibió especial atención tan sólo en los momentos de su mayor brillo histórico, tal como fue el caso en el famoso Siglo de Oro o en la llamada Edad de Plata a partir del año 1898.

Muy útil para el lector poco familiarizado con la historia española resulta, además, el énfasis puesto en ciertos mitos y clichés que el pasado de la península suele evocar hasta hoy día. De tal manera, Martín Martín contrasta el pretencioso término *Reconquista* con una realidad histórica mucho más compleja y menos gloriosa. Por otro lado, Guichard y Windler relativizan el arraigado mito de la supuesta tolerancia religiosa en la España medieval, mientras que Edelmayer rectifica la imagen de un siglo XVII español en plena decadencia. Al tratar, finalmente, la clásica interpretación de una modernización decimonónica categóricamente “fracasada”, Kleinmann y Herold-Schmidt, por su parte, se deciden por un camino medio cuando exponen tanto los avances y logros parciales como los déficits y la superficialidad de un cambio estructural que a fin de cuentas no logró conectar el país con el desarrollo de las grandes naciones europeas.

En lo que se refiere a otra peculiaridad española, a saber, la cuestión nacional o bien la aparición de unos regionalismos/na-

cionalismos periféricos a lo largo de la época contemporánea, el tomo –al contrario de la indicación del coordinador (p. 14)– no alcanza enteramente el estado de la cuestión. Así, Kleinmann sólo menciona el problema sin tratarlo (p. 254), mientras que Herold-Schmidt lo reduce brevemente a los déficit de la revolución burguesa (p. 368). Esto, ciertamente, contrasta con la más reciente literatura que demuestra la interrelación de al menos dos factores cruciales: por un lado lo que se llegó a llamar la débil nacionalización estatal, y por otro lado la creciente protesta regional contra un sistema político altamente centralizado, lo que no sólo en los casos más notorios había llevado a una temprana politización de lo regional.

Por último, cabe mencionar un cierto descuido de la redacción a la hora de unificar la escritura de nombres y topónimos. Así, los nombres de algunos monarcas aparecen hasta en el índice onomástico en las dos versiones, la alemana y la española –un ejemplo son las dos reinas tocayas de la historia española–. Otro caso parecido es el topónimo alemán de Galicia que a lo largo del texto no sólo aparece con la “c” española sino también con la “z” –escritura que entre hispanistas habitualmente se reserva para otra región europea. Sin embargo, tales déficit no disminuyen el valor de esta obra como un importante texto de referencia para el que busca una visión conjunta y moderna de la historia de España.

Sören Brinkmann

Ignacio Peiró Martín/Gonzalo Pasamar Alzuria: *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*. Madrid: Ediciones Akal 2002. 699 páginas.

A mediados de los años ochenta, los profesores de la Universidad de Zaragoza,

Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró, comenzaban, siguiendo el camino abierto por el profesor Juan José Carreras, un vasto proyecto de investigación dedicado al estudio del que fue proceso de formación histórica de la historiografía española contemporánea. Pretendían así superar una grave deficiencia de la ciencia histórica española, en la que reinaba, no sólo un desconocimiento profundo, sino también, y sobre todo, un alarmante desinterés por su pasado como disciplina y como profesión. La necesidad de resolver estas carencias fue sentida como urgente, en cuanto el escaso aprecio mostrado en España hacia la historia de la historiografía como área específica de investigación, fue visto por estos autores como una de las secuelas de la ruptura con la tradición anterior provocada por la Guerra Civil y la victoria del franquismo.

Así, y en el intento de reconstruir las vías y características estructurales del desarrollo del conocimiento histórico en España, vieron la luz *Historiografía y práctica social en España* (Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1986), *La Escuela Superior de Diplomática* (ANABAD, Madrid, 1996) ambas escritas en colaboración por Pasamar y Peiró; y las obras individuales de Ignacio Peiró, *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración* (IFC, Zaragoza, 1995) y de Gonzalo Pasamar, *Historiografía e ideología en la postguerra española. La ruptura de la tradición liberal* (PUZ, Zaragoza, 1991). La serie se “cerraría” con estas casi 700 páginas y sus 526 historiadores¹.

¹ Destacaríamos también, como parte de este proyecto, la dirección por Ignacio Peiró, de la “Colección Historiadores” de Urgoiti Editores (Pamplona), que constituye, en ediciones críticas de extraordinaria calidad, una necesaria “biblioteca de clásicos de la historiografía es-

Una selección, por cierto, que ha sido tachada por su supuesta arbitrariedad y por ausencias, al parecer, “inexplicables”. Pero, en nuestra opinión, es precisamente esa selección, esa “arbitrariedad”, la que define y da sentido a la obra. Porque si ante algo estamos es ante una obra “de autor”, cuyo objetivo, mostrado de manera expresa en la “Introducción”, no era el ofrecer una recopilación *exhaustiva* de todos y cada uno de los historiadores habidos en casi dos siglos. Muy al contrario, el hilo conductor de la obra, que lo hay, es la “interpretación”, el elaborar (y ofrecer a historiadores y estudiantes, convertirse en “un instrumento para la enseñanza de la historia en sus diferentes niveles”, p. 30) un relato del camino seguido por la historiografía española desde el academicismo canovista e ilustrado a través de “una pequeña representación de los historiadores que a lo largo de los siglos XIX y XX ayudaron a estructurar la historia española como una ciencia” (p. 32), y cuyas trayectorias intelectuales y profesionales resumirían, a modo de “trayectorias típicas”, ese proceso.

Su objetivo es, por tanto, la reconstrucción intelectual y académica de aquellos que, en algún momento, se convirtieron en actores del proceso de formación del universo profesional de la disciplina histórica. Esta constitución de la historia en disciplina supuso, en primer lugar, una transformación de la práctica historiográfica (un proceso de conocimiento por tanto y la definición de unas determinadas “formas de pensar la historia”) y, junto a ello, la definición del marco institucional

en el que habría de darse dicha transformación, un marco que en España sería el de un jerarquizado sistema de instituciones académicas. La aparición de la profesionalización historiográfica, en el marco de la Restauración, significó el control del conocimiento por una Universidad y unas instituciones convertidas en el centro pautador de la investigación y de la enseñanza de la historia. Pero significó también la aparición de una comunidad de historiadores definida por su homogeneidad y apoliticismo, por el optimismo metodológico y la fe en la objetividad científica del método. La Guerra Civil y su nefasto resultado se tradujeron en múltiples rupturas: la de aquella comunidad homogénea (guiada ahora por afinidades ideológicas y herida por el exilio), ruptura también con la tradición liberal y, en definitiva, la ruptura del proceso de formación histórica de la historiografía española. Éste sólo comenzaría a recuperarse, tímidamente, en los años cincuenta y sesenta, cuando en el sistema de reclutamiento vuelven a ser incorporados criterios científicos, y comienza a matizarse la extrema heterogeneidad de la comunidad historiográfica de postguerra.

La escasa consolidación de la historiografía española hasta 1936, la reducida asimilación de corrientes europeas, las rupturas (institucionales y personales), los exilios y el que fue largo primado de lo ideológico sobre lo científico, dibujaban un panorama desolador de la historiografía española a la llegada de la democracia (salvando alguna “trayectoria solitaria”). Pero la nueva y renovadora generación de historiadores de la transición, motivados en parte por razones ideológicas, por la dinámica del nuevo proceso de profesionalización y por el atractivo de las corrientes exteriores (Peiró, 1995, pp. 15-16), no sólo rechazó la historiografía anterior sino que evitó enfrentarse a su pasado como

pañola”. A modo de ejemplo, las obras de Modesto Lafuente, Eduardo Ibarra, Rafael García Ormaechea o Martínez de la Rosa, serán editadas por Juan Sisinio Pérez Garzón, I. Peiró, Pedro Ruiz Torres e Isabel Burdiel respectivamente.

conocimiento y profesión, abandonaron la reflexión sobre su origen y proceso de formación intelectual e institucional.

La de este diccionario era por ello una labor necesaria en un país, además, donde el género de los diccionarios biográficos del tipo de los alemanes o los ingleses ha sido, hasta hace pocos años, escasamente cultivado. Intentando dar solución a esta notable carencia, aunque desde una perspectiva bien distinta a la adoptada por Pasamar y Peiró, la Real Academia de la Historia anunciaba (ya en 1999), la redacción de un abrumador *Diccionario Biográfico Español*, actualmente en preparación bajo la dirección del académico Quintín Aldea. En él habrán de ser recogidas 50.000 biografías, de las que, al parecer (como se anunciaba el 19 de junio de este año), han sido ya terminadas 16.000.

Por su parte, y también con el ánimo de la exhaustividad, Antonio Simón Tarrés (en calidad de director) junto con Jordi Casassas y Enric Pujol (como codirectores), reunían a 250 autores para la redacción de su *Diccionari d'historigrafia catalana* (Barcelona: Editorial Enciclopedia Catalana 2003) surgido en el intento de demostrar, en más de 1.200 páginas, que “la historiografía catalana té una tradició plenament homologable a la de la cultura occidental. Tenim cronistes medievals i renaixentistes, tenim autors humanistes, barrocs, il·lustrats i romàntics”.

La labor llevada a cabo por Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró ha sido claramente distinta a la reflejada en esta declaración de propósitos. Junto a la erudición prima, indudablemente, la interpretación histórica, convirtiéndose su *Diccionario de historiadores contemporáneos* en una obra que, si bien no satisfará a quienes busquen un saber enciclopédico, se erige en instrumento necesario (y ya referencial, pese a algunos pequeños errores en fechas y datos) para quienes deseen conocer el pa-

sado de la ciencia histórica y los itinerarios intelectuales y profesionales de quienes resumen algunos de sus momentos.

Virginia Maza Castán

Rafael Domínguez Martín: *La riqueza de las regiones. Las desigualdades económicas regionales en España, 1700-2000*. Madrid: Alianza Editorial 2002. 403 páginas.

Las disparidades económico-regionales en España son conocidas desde hace tiempo y han sido tratadas en numerosas investigaciones. En este caso se intenta hacer evidente el desarrollo de dichas disparidades. En primer lugar aparece la historicidad del espacio regional hasta la división provincial de regiones históricas en 1833. Siguen tres capítulos que se corresponden con las tres grandes fases del desarrollo político y económico de España: 1715-1839, 1840-1936 y 1940-2000. A estas fases se aplica una tipología de las desigualdades regionales aun cuando la pertenencia de las provincias o de las regiones a las respectivas categorías, debido precisamente al desarrollo económico desigual de éstas, no siempre se corresponde inequívocamente. Para 1985-2000 se diferencia por ejemplo entre la “España rica” con sus regiones dinámicas (Baleares, Madrid, Navarra, Cataluña) por un lado y las regiones estacionarias (Aragón, La Rioja, País Vasco) respectivamente las regiones en transición (C. Valenciana) y la “España pobre” por el otro con las regiones en transición (Canarias, Murcia), las regiones progresivas (Castilla y León, Cantabria, Galicia, Asturias, Extremadura) y por último las regiones atrasadas en expansión (Castilla-La Mancha, Andalucía).

Las fases de desarrollo se presentan muy detalladamente desde el punto de vista económico (30 cuadros, 19 anexos estadísticos, etc.), aun cuando en el texto prevalece la descripción. Sin embargo se trata de una muy profunda y bien analizada historia económica de España.

Günter Mertins

Gonzalo Álvarez Chillida: *El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002)*. Prólogo de Juan Goytisolo. Madrid: Marcial Pons Historia 2002. 543 páginas.

Juan Goytisolo escribe en su prólogo al libro y en un tono bastante personal que el libro de Álvarez Chillida “le ha devuelto a la memoria algunos nombres sepultados” de autores que formaron parte de sus primeras lecturas. Éste es el beneficio principal del libro reseñado; el haber sacado del olvido la existencia del antisemitismo en la España moderna, un fenómeno sólo tratado de manera marginal por la historiografía dedicada a la Península.

Se trata de un antisemitismo en un país casi sin judíos, pero muy influenciado por una larga historia de la convivencia con una minoría judía importante y un antisemitismo fuerte y extendido. Como muestra el autor, también en los siglos después de la expulsión de 1492 este antisemitismo se mantiene vivo tanto en su forma religiosa como en su vertiente protorracista. En el último tercio del siglo XIX recibe influjos nuevos (sobre todo desde la derecha francesa) que son ligados a la tradición autóctona todavía en vigor.

Álvarez Chillida describe cómo en el siglo XIX se implantan las nuevas ideas racistas en el país. La teoría del contubernio judeo-masónico se adapta con más

éxito todavía al contexto español. La idea de una conspiración de judíos y masones contra la civilización católica (más tarde este binomio se convertiría en la trinidad conspirativa de judíos, masones y comunistas) encajaba perfectamente con la mentalidad religiosa y apocalíptica de la derecha antiliberal del país y su “teología política”. La teoría de la conspiración encontró otro punto de contacto en la definición de la nación española como esencialmente católica, sostenida por esta corriente política.

La historia del antisemitismo contemporáneo español forma parte básicamente del catolicismo antiliberal español. El momento de la mayor crisis del conservadurismo liberal y del mayor auge del antiliberalismo en el siglo XX “supuso que el antisemitismo se difundiera hasta niveles nunca antes conocidos”. Después de la proclamación de la Segunda República en 1931 abundan los panfletos, folletos y artículos en los que se denuncia el carácter judeo-masónico del nuevo régimen.

El antisemitismo sirve como arma discursiva contra el enemigo interior, contra republicanos, comunistas, anarquistas y nacionalistas catalanes y vascos. En la Guerra Civil los antisemitas de la pluma continúan su labor propagandística. La teoría de la conspiración se generaliza y adquiere un carácter oficial. Ya durante la Segunda República, la derecha antiliberal española había comentado favorablemente las primeras leyes y acciones antijudías en la Alemania nazi. Su crítica hacia tales fenómenos se había limitado a la carga anticristiana que impregnaba la ideología y la política del régimen alemán. El antisemitismo racista sólo se había criticado desde una postura de un antisemitismo católico-integrista basado en la teoría de la conspiración. En enero de 1939, España y Alemania firman un Acuerdo Cultural: la propaganda alemana penetra la Penín-

sula con un empuje hasta el momento desconocido, y las críticas al régimen nazi enmudecen.

El pensamiento antisemita se difunde en España incluso más que durante la Guerra Civil. La Falange se convierte en el poder motriz de esta evolución. Desde 1938, la mayor fuerza dentro del partido único recibe una influencia antisemita por parte de la Italia fascista, que empieza a copiar el antisemitismo alemán. En la enseñanza del régimen franquista, no obstante, siguen predominando otras fuerzas de la derecha antiliberal. Con su influencia, la exaltación de la España imperial y católica con su exclusivismo religioso, así como la supuesta autenticidad de los crímenes rituales de la Edad Media, se convierten en el pan de cada día de los alumnos en los colegios españoles. En los libros de texto, se propagaba la continuidad entre los enemigos históricos de España y de la "Anti-España" de la Guerra Civil.

Este antisemitismo cumplía una función esencialmente ideológica. No se dirigía en primer lugar contra los judíos de carne y hueso, sino contra el enemigo recientemente derrotado y sus aliados en el exterior. La Segunda Guerra Mundial se interpretó en clave apocalíptica como la lucha final del Eje contra las democracias masónicas y el comunismo, detrás de las cuales se suponía el poder internacional del judaísmo.

La política española hacia los judíos durante la Segunda Guerra Mundial era antisemita sólo en el sentido de que intentó mantener la unidad católica e impedir que los judíos se quedaran en el país. España no puso obstáculos al tránsito de judíos por el país (financiado además por instituciones extranjeras).

Por otra parte, Franco no fue nunca el salvador generoso del pueblo judío durante la guerra. Basándose en la investigación

actual sobre el tema, Álvarez Chillida analiza cómo el dictador creó y utilizó este mito después de la derrota del Eje como billete de entrada en las instituciones del mundo occidental. Durante muchos años las ideas antisemitas mantuvieron su fuerza en las instituciones y en destacadas figuras del régimen. A partir de los años sesenta, el antisemitismo se movió poco a poco desde el centro del poder a la periferia, convirtiéndose en un signo de las corrientes más cerriles y nostálgicas del régimen, y finalmente en una ideología dirigida contra el nuevo sistema democrático después de la muerte de Franco.

El libro de Álvarez Chillida abarca casi dos siglos. ¿Se puede tratar un período tan largo sin incurrir en la tentación de ir muy por encima del tema? Se puede. El autor, que no pretende realizar una investigación exhaustiva del material disponible, ha logrado una síntesis actual, aguda y matizada del mismo. El libro es imprescindible para todos los que se interesan por el pensamiento de la extrema derecha y el antisemitismo españoles en el período tratado.

Manfred Böcker

Isabel María Pascual Sastre: *La Italia del Risorgimento y la España del Sexenio Democrático (1868-1874)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas 2001. 543 páginas.

Isabel María Pascual Sastre es investigadora del Instituto de Historia del CSIC, al amparo del cual realizó la investigación doctoral que recoge la publicación que aquí presentamos. Esta tesis fue dirigida por el profesor Manuel Espadas Burgos, quien ha dedicado parte de su

extensa trayectoria investigadora a temas vinculados a las relaciones hispano-italianas del siglo XIX. Asimismo, Espadas Burgos dirige la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, en donde la autora se alojó durante (y después de) la realización de esta investigación. A lo largo de las páginas de la presente publicación, Pascual Sastre demuestra haber consultado una ingente cantidad de fuentes, muchas de ellas inéditas hasta el momento, entre las que destacaría, por su carácter novedoso e interés, las documentales procedentes de diversos archivos italianos. Además de ello, subrayaría otras dos grandes virtudes del trabajo de Pascual Sastre. En primer lugar, el haber profundizado sobre la historia contemporánea de otro país; hecho, desgraciadamente, aún más bien excepcional entre los historiadores españoles. En segundo lugar, el haber tenido la audacia de abordar, no sólo las relaciones institucionales entre España e Italia, sino también las que ella llama “no oficiales”. Con ello, nos ofrece una visión mucho más amplia de los contactos entre ambos países y su influencia mutua; si bien ésta, como apunta Espadas Burgos en su prólogo al libro, se limitara a las minorías politizadas de la etapa.

Desde las primeras páginas de la obra, Pascual Sastre nos presenta como uno de sus objetivos principales el romper con el tópico del aislamiento internacional del liberalismo español. De ahí, que centre su atención en la percepción que del proceso de la unidad italiana (del *Risorgimento*), tan relevante en la Europa de mediados del siglo XIX, y de sus diferentes protagonistas, tuvieron los diversos sectores del liberalismo español. Pascual Sastre está convencida de que esta percepción influyó los posicionamientos y actuación de las diversas opciones políticas en el marco del Sexenio Democrático de 1868-1874. Así pues, la autora se propone en esta

investigación dilucidar el proceso que ella define como “de la percepción a la decisión”, es decir, el de la proyección de la representación de un país extranjero, en este caso Italia, en la política interior (del gobierno o de los partidos) de otro Estado, el español.

Una segunda idea clave que Pascual Sastre nos transmite en su libro es la de que en el siglo XIX, y de la mano de la implantación del liberalismo, el elemento que aglutinará y generará solidaridades será el político-ideológico, más que no las fronteras estatales. En este marco, la autora define tres núcleos de afinidad política entre ambos países: el de los carlistas españoles con los legitimistas y reaccionarios italianos; el de los monárquico-progresistas con los conservadores italianos (*la destra storica*); y el de los demócratas con el *partito d'azione* y la izquierda fuera del régimen. Pascual Sastre, sin embargo, justifica ocuparse en el libro sólo de las propuestas liberales, porque serán las que, si bien brevemente, consigan gobernar durante el Sexenio Democrático.

A partir de aquí, la autora analiza en las dos partes en que se divide el libro, respectivamente, los grupos ideológicos monárquico-progresista y el demócrata-republicano, sacando a la luz la imagen que cada uno de ellos se formó del movimiento nacional italiano, las repercusiones políticas derivadas de la diversa percepción y las solidaridades entre los grupos ideológicamente afines en ambos países. La conclusión que extrae Pascual Sastre de su análisis es que en la España del Sexenio cada uno de los proyectos políticos que probaron su viabilidad se inspiró de alguna manera en ideales e imágenes sacadas del *Risorgimento* italiano.

Con relación a los elementos monárquico-progresistas, la autora nos expone con particular detalle los esfuerzos desesperados, y casi diríamos patéticos en algu-

nos momentos, por encontrar un monarca europeo que aceptara la representación de la monarquía constitucional (la autora añade el calificativo de democrática, pero nosotros no lo compartimos), que se deseaba implantar en España. En este contexto, Pascual Sastre resalta el empeño de Prim a favor de una candidatura de la dinastía Saboya, que consideraba la encarnación de la monarquía liberal deseada.

Pascual Sastre acepta la falta de ambición de poder que la historiografía tradicionalmente ha atribuido a Amadeo de Saboya. Ello no obstante, define al monarca como un rey demócrata. Como tal, su fracaso se explicaría, precisamente, por la falta de madurez (de democratización diríamos nosotros) del sistema político y de modernización de sus instituciones. Como (aquí sí) nos dice Pascual Sastre, la monarquía democrática era la aspiración de muy pocos incluso entre los mismos progresistas, por lo que podríamos definir el reinado de Amadeo de Saboya de “un intento de constitucionalismo en el vacío”. En cualquier caso, compartimos con la autora la idea de que el fracaso de la experiencia de una monarquía (y de una república, añadiríamos) democrática en el Sexenio Democrático limitó así el futuro de la historia de España.

Por lo que hace a los grupos demócrata-republicanos, a los que está dedicada la segunda parte del libro, Pascual Sastre destaca la idealización, previa al Sexenio Democrático, del impulso popular introducido en Italia por el ejército garibaldino, el cual se veía como la antepuerta de la anhelada Europa de los pueblos solidarios. Esto explicaría el compromiso político-militar de unos republicanos españoles en Italia (la *Legión Ibérica*), tras la derrota de Garibaldi en Aspromonte en 1859.

La autora, sin embargo, observa una ruptura alrededor de 1864 cuando, al asumir Pi y Margall la dirección de *La Discu-*

sión, se extenderá su liderazgo en el partido republicano y, paralelamente, se difundirá el movimiento federalista. Desde entonces, las opciones republicanas italianas, de tendencia unitaria, y sus líderes, quedarán a un lado para los republicano-federales españoles. A partir de la Revolución de 1868, será la Italia republicana la que contemple a la España revolucionaria.

A pesar de ello, Pascual Sastre detecta de nuevo la influencia italiana durante la primera República, haciéndonos observar que Castelar, suspendiendo las Cortes, ejerció una verdadera dictadura como le había aconsejado Garibaldi; y que desarmando a los voluntarios de la libertad y luchando contra los cantonales deshizo en la práctica la república federal a favor de otra unitaria como le sugiriera Mazzini.

En el último subapartado de esta segunda parte, la autora dedica también unas páginas a la percepción de la Revolución de Septiembre de 1868 y de la evolución del Sexenio Democrático por parte de las opciones republicanas italianas encabezadas por Mazzini y Garibaldi.

Con relación a la conclusión final de la autora, en el sentido de que la monarquía democrática y la república quizá fueran dos experiencias demasiado avanzadas para la madurez de la situación político-social española, nosotros quisiéramos hacer una matización. Desde nuestra óptica catalana, y como ya hemos explicado en otro lugar, el fracaso de los gobiernos del Sexenio Democrático debe atribuirse, en primer lugar, a las debilidades del sistema político y sus protagonistas, y sólo después a la inmadurez de la sociedad.

Por último, no quisiéramos finalizar esta reseña, sin subrayar, el especial interés que atribuimos a esta obra de Isabel Pascual Sastre, que consideramos aporta nuevos elementos para la historia comparada del proceso de construcción de la nación y de los diversos modelos de esta-

do en el contexto de la Europa decimonónica.

Marició Janué i Miret

José Manuel Cuenca Toribio: *Estudios sobre el catolicismo español contemporáneo. Volumen III. Córdoba: Servicio de publicaciones de la Universidad 2002. 160 páginas.*

La necesidad de emprender nuevas investigaciones de mayor envergadura sobre la historia de la Iglesia en la España contemporánea, desechando visiones estereotipadas, tergiversaciones o interpretaciones simplistas –nada infrecuentes en manuales y monografías, incluso entre los de factura reciente–, queda de sobra probada a lo largo de estos cuatro estudios. Especialmente el primero, dedicado a establecer un balance historiográfico provisional en dicho terreno entre 1976 y 2000, un poco, como allí mismo se explica, a modo de continuación de un trabajo suyo publicado hace algo más de un cuarto de siglo. La persistencia de técnicas de investigación, puntos de vista y estrategias aplicadas bastante trasnochadas, más que la falta de financiación o de apoyos –los pocos con que acostumbra contar hoy las Humanidades– por parte de organismos públicos y privados –universidades, diócesis, entidades crediticias o gubernamentales–, explican la debilidad y atraso en la amplia parcela del pasado hispano que nos ocupa. Efectivamente, queda aún mucho por hacer, empezando por las visiones de conjunto sobre la historia de la Iglesia española contemporánea, cuyos resultados, por el momento, no han logrado cubrir todos los objetivos necesarios. Mejores han sido los frutos recolectados por monografías sobre aspectos más concretos –correspondencia vaticana,

visitas *ad limina*...–, circunstancia que pone de manifiesto una mancuera fundamental en el campo historiográfico: el dominio de la anarquía, cuando no el caos organizativo, hecho que motiva la heterogeneidad en la calidad de los trabajos de investigación realizados en el solar hispano. Se imponen la planificación y el sistematismo, así como frecuentar más a menudo la interdisciplinariedad, para corregir estos defectos. Con todo, como se nos asegura, la solvencia de algunos veteranos y jóvenes investigadores garantizan la continuidad e incluso la consecución de importantes logros en el presente y el porvenir.

En el panorama de autores y títulos, que tan bien demuestra conocer el profesor Cuenca Toribio, debemos señalar algunos puntos fundamentales que ayudarán al lector a no extraviar la senda, paliando la ausencia de un enfoque temático que, como él mismo nos indica, hubiera sido deseable por su mayor completitud. Sería necesario de cara al futuro invertir un mayor volumen de esfuerzos en historiar las instituciones de la Iglesia, las congregaciones y órdenes religiosas, la predicación, la formación del *ordo clericalis*, las posturas ante diferentes identidades geográficas y culturales, los estudios monográficos a escala diocesana o las empresas de carácter estatal y autonómico. De mayor dedicación, cuantitativa y por parte de investigadores de solvencia, han disfrutado cuestiones como la masonería, la Inquisición –nuestro conocimiento sobre ella decrece al aproximarnos a su ocaso–, la vertiente religiosa del carlismo, las síntesis divulgativas de carácter biográfico o monográfico, la región catalana. A medio camino entre algunos logros iniciales y gran cantidad de trabajo pendiente, se sitúan los análisis en torno al catolicismo y la “cuestión social”, la labor asistencial... Valgan esos puntos suspensivos

como invitación a la consulta de las páginas sobre las que hemos basado esta apresurada recapitulación.

Los dos estudios siguientes sitúan su atención en el comienzo de la crisis de la Restauración, período decisivo en la conformación de las raíces de la España del siglo xx. El impacto de 1898 en el catolicismo español y los círculos y sindicatos confesionales en Andalucía son los temas abordados. En cuanto al primero, se trazan las líneas maestras de las corrientes de cambio que sacudieron a la Iglesia española durante el complejo y conflictivo lustro de 1898-1903, sin excluir la mención de algunos de sus antecedentes y consecuencias en los períodos anterior y posterior. Ambiente semejante al resto de Europa se respiraba entonces en las contradicciones entre tendencias modernizadoras y retardatarias. Si, por un lado, el “Desastre de Cuba” puso freno al delicado proceso de integración de los católicos en el régimen canovista, alentando el reaccionarismo y “ultramontanismo” de ciertos sectores, por otro se afianzaron los esfuerzos desplegados en el campo del “cristianismo social” en suelo español. Es interesante hacer notar el repliegue de la Iglesia, reticente a decantarse por el partidismo en la política del momento. Así, el movimiento de las “Ligas Católicas”, extendido por la totalidad del suelo patrio, se orientó en mayor medida a los debates entre las distintas tendencias confesionales, al margen de una falsamente atribuida subordinación a los políticos del viejo “turnismo” para combatir a la oposición obrera y republicana. Las corrientes de cambio durante el tránsito a un nuevo pontificado, el componente católico en los nacionalismos peninsulares –dinamizados por la crisis–, la oleada de anticlericalismo y su negativo impacto en la sociedad española –una nueva ocasión perdida por todos para lograr la concordia–, los aspectos

culturales y educativos, las relaciones Iglesia-Estado, completan el resumen de los aspectos que allí se abordan.

A modo de adelanto de un más amplio estudio sobre esta faceta en España, de futura aparición, reconstruye en el tercer capítulo el desarrollo de los círculos y sindicatos católicos en una de las regiones donde aquellos vivieron una situación de mayor arcaísmo y debilidad, en consonancia con su general situación de rezago con respecto al país. La pervivencia de ese modelo inicial de los “círculos” hasta el régimen primorriverista o, aún más, hasta la contienda de 1936, cuando en el resto de la nación subsistían únicamente de modo apendicular, fue, en efecto, uno de sus rasgos fundamentales. Constituye, además, el trabajo una suerte de estado de la cuestión, al recurrir a todos los estudios realizados hasta el momento de cada una de las provincias, heterogéneas y diferentes entre sí en el desarrollo tanto de los acontecimientos como de la investigación de los historiadores. La división natural entre Alta y Baja Andalucía, al tener en cuenta la fisonomía de las explotaciones agrarias predominante en cada zona, facilita la estructuración del tema. Considerada en su momento más propicia la primera para impulsar los proyectos del catolicismo social, la difusión de círculos y sindicatos fue allí más tentacular y rápida, aunque menos adelantada que en las provincias occidentales. En estas últimas ha de destacarse a Córdoba, tanto por contar con un mayor número de estudios sobre la cuestión, como por ejemplificar de modo paradigmático las tres fases en que puede periodizarse el fenómeno y su decaimiento, debido al abandono y olvido de su apoyo y financiación a tan prometedora empresa por parte de las oligarquías y clases acaudaladas –sin cuya colaboración era imposible resolver la cuestión social en Andalucía–, una vez pasado el peligro

revolucionario del “Trienio Bolchevique”. Es necesario acometer nuevos trabajos para avanzar en nuestros por ahora incompletos conocimientos sobre el tema, abandonando las sesgadas, cuando no unilaterales interpretaciones al uso que subrayan el formalismo y espíritu paternalista como descalificación del fenómeno asociacionista católico obrero.

Cierra el volumen el tan breve como exquisito artículo sobre la diócesis toledana en la contemporaneidad, en el cual el profesor Cuenca añade a su basamento de solventes monografías materiales provenientes de la pintura y literatura, que tan útiles testimonios pueden aportarnos a los historiadores, cimentando el tan caro don de la evocación de los ambientes y personajes pretéritos.

El amplio caudal informativo –ecuánime, sugerente, orientador– contenido en tan modesto número de páginas es, en definitiva, uno de los méritos fundamentales que pueden y deben adjudicarse tanto al libro como a su autor, que una vez más revalida sus credenciales de pionero y uno de los máximos concedores de la temática reseñada.

José Manuel Ventura Rojas

Enrique Moral Sandoval/Santiago Castillo (eds.): *Construyendo la modernidad. Obra y pensamiento de Pablo Iglesias*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias 2002. XXI + 359 páginas.

Juan José Morato: *Pablo Iglesias*. Barcelona: Ariel 2000. 222 páginas.

Desde que en el año 2000 se cumplieren los 150 años del nacimiento y el 75 aniversario del fallecimiento de Pablo Iglesias, el padre fundador del movimien-

to obrero socialista en España, han aparecido dos publicaciones recientes que tienen por objeto la vida y obra del político ferrolano. En el primer caso, se trata de la publicación de las actas del congreso celebrado en el año 2000 por la Fundación Pablo Iglesias sobre la personalidad de Pablo Iglesias y su papel en la historia fundacional del socialismo español. En el segundo, la reedición de la biografía de Iglesias publicada en 1931 por uno de sus más estrechos colaboradores en la construcción del PSOE, Juan José Morato. Casi 15 años después de la publicación de los resultados de tres congresos sobre la historia del socialismo en España organizados por la misma Fundación Pablo Iglesias, se someten de nuevo a revisión los avances de la investigación histórica en este terreno.

Uno de los conceptos clave del congreso sobre Pablo Iglesias fue precisamente la necesaria *historización* de su figura, la exigencia de investigar su aportación histórica más allá de las leyendas negras o de las visiones hagiográficas acerca de él. Varias contribuciones de ese volumen, precisamente, no privilegian el análisis de los fundamentos teóricos, las orientaciones ideológicas o los programas de la política socialista en tiempos de Iglesias, aspectos bien investigados hasta la fecha. Por el contrario, se centran de modo preciso en los problemas provocados por la aplicación de esas teorías y posicionamientos ideológicos en la praxis política. Aquí reaparece un trasfondo de viejas cuestiones ya conocidas, como el dogmatismo de Pablo Iglesias, el aislamiento del PSOE, por él preconizado, respecto de los republicanos, o bien su recepción superficial de los postulados marxistas. Pero, igualmente, los diversos autores añaden nuevas tonalidades y resaltan nuevos elementos en sus análisis. Así, Santos Juliá muestra que desde el cambio de siglo

existieron proyectos y tentativas de colaboración entre los socialistas y los intelectuales republicanos, que sin embargo no pudieron fructificar en el curso de los años de la crisis de la Restauración, y que sólo durante la Segunda República se convirtieron en el fundamento de la política seguida por el PSOE. Santiago Castillo, mediante la investigación de los sectores dirigentes del PSOE, relativiza la impronta de Iglesias durante la fase constitutiva del partido. Mercedes Cabrera, por su parte, analiza la actuación política de los socialistas en los Parlamentos de la monarquía hasta 1923 y durante la Segunda República, demostrando cómo Iglesias, llevado de su escasa confianza personal en las instituciones políticas, utilizó el Parlamento más como una escena política que como un instrumento para la democratización del sistema político, actitud que todavía dejaba su rastro, ya muerto Iglesias, durante los años republicanos. Michel Ralle indaga en los conceptos de política sindical de Pablo Iglesias como una pieza esencial de su trabajo político, y Enrique Moral Sandoval muestra, mediante el análisis de dos campañas de prensa contra el político ferrolano, el tipo de ataques y reproches ante los que debían reaccionar los socialistas.

Otras contribuciones se centran en las raíces intelectuales del pensamiento político de Pablo Iglesias, así como en las relaciones de los socialistas con otros grupos políticos. Pedro Ribas ofrece una visión informativa sobre la recepción del marxismo en Iglesias, muy teñida por las influencias de los socialistas franceses. Luis de Martín muestra, basándose en un análisis de la biblioteca del líder socialista, el perfil de autodidacta de Pablo Iglesias, que se fue forjando en un proceso de continua formación para afrontar las diversas exigencias políticas que fueron surgiendo en su biografía. Javier Paniagua

se ocupa de investigar las razones del escaso arraigo del socialismo en las villas industriales catalanas, que atribuye más bien a la existencia de una cultura obrera autóctona fuertemente teñida de catalanismo, y no a las posibles carencias de la estrategia política de los socialistas. Igualmente, el artículo de José A. Piqueras sobre el análisis propio de la estructura social y económica de España por parte de Iglesias le lleva a plantearse la cuestión de en qué medida la persistencia de una interpretación poco adecuada de la realidad social por parte de los socialistas condujo a la adopción de estrategias políticas sin sentido, una cuestión que no deja de tener un cierto toque legitimador y justificativo y que parece poco acorde con el propósito de análisis histórico del socialismo de Iglesias. Otras dos contribuciones, por el contrario, desarrollan interesantes enfoques sobre la relación de los socialistas con otras fuerzas políticas: Pere Gabriel investiga la relación existente entre el nacionalismo y el socialismo, y muestra el (implícito) mensaje nacionalista español también presente en el PSOE; por su parte, José Luis Martín Ramos describe en su artículo sobre el socialismo y el comunismo el proceso de diferenciación y confrontación mutua entre ambas fuerzas, empezando por el apoyo solidario de los socialistas a la Revolución rusa y continuando por su posterior y vehemente rechazo de la III Internacional, así como la escisión que da lugar al Partido Comunista. Finalmente, el volumen se cierra con tres detalladas contribuciones acerca de los comienzos de las células socialistas en Guadalajara y Navarra, así como sobre la política municipal de los socialistas en el Ayuntamiento de Madrid.

Globalmente, pues, las actas del coloquio configuran un conjunto ciertamente interesante de contribuciones. Algunas de ellas se limitan a retomar viejos interro-

gantes, mientras que otras abordan cuestiones innovadoras, que en contraste con las investigaciones ya clásicas sobre el socialismo español se concentran preferentemente en los aspectos concretos de la labor política de los socialistas. Ciertamente, habría sido de esperar una mayor incorporación de los paradigmas interpretativos de la nueva historia cultural de la política, cuyos instrumentos habrían permitido analizar aspectos como, por ejemplo, la simbología y el lenguaje político de los socialistas, la articulación y gestación de las campañas electorales, así como los mecanismos de movilización de los militantes y electores del PSOE. No obstante, el volumen ofrece, más allá de la mirada crítica sobre la figura de Pablo Iglesias, una visión diferenciada de varios aspectos de la historia del socialismo español, en la que a través de la interpretación histórica de la figura del líder del partido es perceptible un anhelo por enfrentarse a la cuestión de los logros y debilidades del socialismo en la historia contemporánea de España.

La biografía de Pablo Iglesias publicada en 1931 por Juan José Morato, su colaborador cercano durante la fase fundacional del PSOE y más tarde convertido en un periodista independiente, ofrece otra perspectiva del personaje. Ciertamente, la escasamente cuidada reedición del texto no contribuye a ofrecer un mejor acceso a la obra de Morato. En este sentido, se desperdicia una oportunidad única para, por ejemplo, completar aquél mediante una adecuada anotación y aparato crítico. A ello se añade un artículo introductorio firmado por el secretario ejecutivo confederal del sindicato UGT, Pedro Díaz Chavero, quien ofrece una amplia panorámica del surgimiento de las organizaciones socialistas en España. Sin embargo, se echa en falta una introducción que ofrezca información contextuali-

zada acerca del autor de la biografía, su posición y función dentro del PSOE y su relación con Pablo Iglesias, o que sitúe adecuadamente la obra de Morato en el contexto de las memorias y escritos contemporáneos de los dirigentes socialistas. El lector no especializado se ve obligado así a enfrentarse con el texto en su versión original sin la ayuda de claves y explicaciones que le ayudarían a contextualizarlo e interpretarlo.

Ello no es sólo un prurito de científico sabiondo. Es también, a nuestro entender, un deber hacia el público lector. Pues la biografía de Morato funde de modo estrecho la plasmación de la biografía del “héroe” con la historia de la fundación de la organización socialista. Aunque no oculta su simpatía explícita por su protagonista, Morato no cae, sin embargo, en la adoración acrítica. Nos presenta la imagen de un hombre que se convirtió en el líder indiscutible de los socialistas españoles gracias a su inagotable capacidad de trabajo, su voluntad de hierro y su integridad personal. Tras una infancia difícil como huérfano de padre, y un aprendizaje del oficio de impresor, la primera socialización política de Iglesias transcurrió entre las incipientes organizaciones de la Primera Internacional obrera y el sindicato de impresores de Madrid. Aquí comienza el difícil camino del organizador político, que desde la década de 1890 ocupa el cargo de director del periódico del partido *El Socialista*, así como indiscutido jefe del partido y de la federación sindical. Tras largos años de fracasos y de aislamiento político, habrá que esperar a 1909 para que cristalice la integración de los socialistas en una alianza política con los republicanos para la democratización de España, tras la experiencia conjunta de las protestas contra la guerra de Marruecos. Ello permitirá a Iglesias su mayor éxito político, su elección como diputado en 1910. Sin embargo, su

quebradiza salud será causa de que sólo participe desde la sombra, como una suerte de influyente consejero, en las decisiones del PSOE durante la crucial crisis revolucionaria de 1917 y los posteriores y conflictivos años de la posguerra. En los años anteriores a su muerte en diciembre de 1925, Iglesias todavía pudo asistir al asentamiento de la dictadura de Primo de Rivera, que condenó de modo explícito. Con ello Morato nos muestra a un Pablo Iglesias que, desde sus comienzos como revolucionario se había convertido en un político que apostaba claramente por la democratización de España y que buscaba materializar sus ideales con la ayuda de su férrea voluntad y su honradez personal. Al mismo tiempo, Morato contribuía con su exposición a elaborar una tradición política del socialismo español, que podía servir de orientación en un momento en el que el PSOE, recién proclamada la Segunda República, todavía no había adoptado una posición claramente definida ante el nuevo régimen. Sin embargo, precisamente el hecho de que la obra de Morato no es ni pretende ser un trabajo académico, sino un testimonio de un contemporáneo, elaborado en un momento político bien definido, aconseja aún más la necesidad de un adecuado aparato crítico que habría permitido al lector interpretar el libro como lo que es: una fuente para la biografía de una de las personalidades fundamentales de la política española y para la historia del socialismo español. El análisis histórico de la figura de Pablo Iglesias es sin duda necesario para abrir nuevos caminos y perspectivas a la investigación científica del socialismo español. Por ello es deseable que la tarea sea continuada de modo consecuente, procurando ofrecer al lector no sólo monografías científicas, sino también reediciones de fuentes bien editadas y comentadas.

Henrike Fesefeldt

**Georgina Cisquella/José Luis Erviti/
José A. Sorolla: *La represión cultural en el franquismo. Diez años de censura de libros durante la Ley de Prensa (1966-1976)*. Barcelona: Editorial Anagrama 2002. 225 páginas.**

El estudio sobre la represión cultural en el franquismo apareció por primera vez en 1977; pero, como estaba fuera de cualquier catálogo, se convirtió en una rareza bibliográfica casi imposible de encontrar. Por eso la editorial Anagrama y los autores se decidieron a re-imprimirlo “después de tantos años de amnesia histórica, de memoria anestesiada” (p. 8). En el prólogo a la edición de 2002, los autores problematizan la reedición, pero suscriben el trabajo de principio a fin. Conocen las deficiencias, que se deben a que hace 25 años, con la censura todavía vigente, era imposible consultar los archivos para elaborar un estudio sistemático de la actuación del aparato censor del franquismo. Hoy quieren contribuir a la recuperación de la perdida memoria histórica, el libro quiere ser testimonio de una época.

En el primer capítulo se describe el estado de excepción permanente para la cultura, con la censura previa de todo lo que se publicaba. La legislación “provisional” fue sustituida en 1966 por la “Ley Fraga”, que significaba una cierta apertura en relación a la cerrazón anterior. Pero pronto se comprobó que la ley se desmentía a sí misma, porque permitía todas las arbitrariedades e indujo a todas las autocensuras. Los editores se vieron sometidos a otro tipo de control a través de los secuestros de libros, las prohibiciones de textos, las supresiones de párrafos, etc. En diez capítulos se trata de estos temas, de los censores anónimos, de las muchas arbitrariedades, del número de registro como chantaje, de los tabúes, de las repercusiones de la censura. A pesar de haber pasado

25 años desde su primera publicación, las informaciones de este estudio siguen siendo válidas e importantes para entender un aspecto tan crucial en la vida de una dictadura como es la represión cultural.

Walther L. Bernecker

Astrid Melzer-Titel: *Modernität des Südens. Humanismus- und Renaissance-bezüge als Argumentationsmuster in der Gegenwartsphilosophie Spaniens*. Neu-ried: Ars et Unitas 2002. 232 páginas.

Que los españoles vayan a Alemania a estudiar filosofía es tradición desde el siglo XIX, pero que los alemanes se ocupen de la filosofía española es cosa más bien infrecuente. Lo normal ha sido hasta ahora la ausencia de España en las historias de la filosofía, en las enciclopedias y en los diccionarios. Este panorama está cambiando en la actualidad, como puede comprobarse en la última edición de la conocida enciclopedia de Überweg *Grundriss der Geschichte der Philosophie*.

El libro de Melzer-Titel (traducido: “Modernidad del sur. Aspectos humanistas y renacentistas como ejemplo de argumentación en la filosofía actual de España”), que es su tesis doctoral, leída en Leipzig, bajo la dirección de Uta Kösser, es una verdadera novedad, ya que constituye el intento de mostrar, desde una teoría del humanismo, la existencia de una filosofía de rasgos que ella califica de humanistas y renacentistas, a veces también de filosofía mediterránea.

El primer capítulo es una presentación general del tema de la filosofía española: su existencia problemática, sus defensores y detractores, su especificidad, su tratamiento (más bien falta de tratamiento) dentro y fuera de España.

El segundo capítulo muestra cómo ha sido normal considerar que España no ha tenido Renacimiento. La Península Ibérica habría sido el lugar del barroco por excelencia, es decir, del catolicismo contrarreformista, a diferencia de países, sobre todo del centro y norte de Europa, en los que sí habría arraigado la Reforma protestante, países que habrían sido los representantes del Renacimiento, de la Reforma y de la modernización consiguiente, mientras que España se quedaba en la Edad Media. En este sentido, pasa revista a concepciones sobre la modernidad, especialmente en relación con Iberoamérica, donde se habla de una modernidad periférica, para llegar desde ahí a un debate referido a Latinoamérica y a la España de la transición posfranquista. Sobre todo atiende Melzer-Titel al humanismo como una filosofía que no se caracteriza por el rigor y la sistematicidad, sino por su conexión con la literatura. Este aspecto es justamente lo que considera Ernesto Grassi como elemento típico del Mediterráneo, consistente en un pensamiento en el que la metáfora y la imaginación desempeñan un papel primordial. Ahí es donde ve Melzer-Titel precisamente la raíz del prejuicio que lleva a la descalificación de la filosofía española, prejuicio nacido de considerar la filosofía como racionalismo, y no como forma de humanismo en la que la literatura tiene el valor más alto.

La autora estudia en el capítulo tres, que es el núcleo de la tesis, las propuestas de tres filósofos actuales españoles: Andrés Ortiz Osés, Carlos Thiebaut, y Francisco José Martín. Los tres ofrecen una muestra de este filosofar humanista y mediterráneo. El análisis es coherente y está lleno de sugerencias muy interesantes, que apuntan al abandono de viejos estereotipos y a la relectura de los autores españoles para insertarlos en un marco capaz

de valorarlos sin acudir a metros inadecuados. Melzer-Titel consigue con su innovador planteamiento sugerir modos de lectura capaces de generar diálogo entre distintas tradiciones. Se puede objetar que los autores a los que ha acudido para presentar su modelo no son los más conocidos (sin que yo pretenda quitarles ningún mérito, naturalmente, sino felicitarles por haber suscitado con su obra la tesis de Melzer-Titel), pero pienso que esto no es relevante, sino que lo destacable se halla en el modelo mismo que ha construido para presentar y valorar una forma de hacer filosofía, forma que la autora ve encarnada en la filosofía de los tres autores mencionados.

Tampoco me parece relevante el hecho de que no todos los filósofos españoles cabrían en el modelo. Lo interesante es el camino abierto por Melzer-Titel, que es realmente innovador. Ella misma confiesa que se ha visto obligada a abrirlo ante la inexistencia en Alemania de una tradición de estudios acerca de la filosofía en España. De cara a un diálogo filosófico entre distintas culturas, considero este análisis tan positivo por su carácter innovador como por la audacia y originalidad de su planteamiento. Audaz porque no se ha limitado a seguir algún hilo ya previamente señalado por otro investigador (independientemente de que ella reconozca deudas en este sentido). Este hilo lo ha hilado ella misma, tejiendo con él una tesis que consiste justamente en esbozar y desarrollar una propuesta encaminada a entender las características de esta filosofía mediterránea. Original por la misma razón, porque no ha podido contar con investigaciones que, desde Alemania, se hayan ocupado del tema previamente. Ha tenido que hacer camino al andar, según el dicho de Antonio Machado. Pero no sólo me parece interesante el método que ha seguido la autora, sino el espíritu con el que trabaja,

que tiende a una positiva comprensión e incluso rehabilitación de una filosofía, la mediterránea, desde cánones europeos no excluyentes, sino abiertos a diversas orientaciones. Esta forma de encarar modelos, en lugar de juzgar sólo desde alguno preestablecido, puede generar diálogos en los que la comunicación, nacida del interés y la simpatía por otra cultura, enriquezca realmente a los comunicantes. ¿No es esta unión de simpatía, curiosidad intelectual, ingenio y finura en el habla lo típico del humanismo?

Pedro Ribas

Eduardo Subirats (ed.): *Intransiciones. Crítica de la cultura española*. Madrid: Biblioteca Nueva 2002. 173 páginas.

La transición española de la dictadura a la democracia ha sido considerada en general como un cambio político modélico y casi único. En el discurso científico existe un amplio consenso –desde la politología hasta la sociología y la historiografía– a la hora de denominar y presentar el cambio de sistema español como “hazaña histórica”. Poco a poco está creciendo el número de aportaciones críticas sobre el proceso de transformación que inciden en los aspectos menos favorables de la transición. El libro colectivo que reseño aporta de manera diferenciada nuevos enfoques al debate actual. La obra consta de diez ensayos, que se acercan de manera crítica a la transición desde un enfoque culturalista o histórico-cultural.

En la introducción, el compilador se refiere a aspectos de definición y de la discusión actual sobre la transición. En ella afirma que “la continuidad histórica entre los regímenes totalitarios y dictatoriales, y las formaciones mediáticas, políticas,

financieras y sociales que les han sucedido transicionalmente es la clave hermenéutica que permite comprender estas sociedades: filosófica, cultural y políticamente” (pp. 8-9).

Alberto Medina se acerca en su ensayo a la “ejemplaridad” del cambio de sistema en España. Medina llega a la conclusión provocadora de que dicha ejemplaridad de la transición consiste en haber contentado a nadie, pero que ha integrado –aunque sea de manera marginal– a todos los grupos políticos; desde los “premodernos” hasta los “anarquistas”. Subraya que “el nuevo sistema integra a todos [los] grupos de modo que su potencialidad crítica es reconducida paradójicamente para alimentar y fortalecer el perfecto funcionamiento del sistema” (p. 35).

La crítica del cambio de sistema se centra normalmente en el “pacto de silencio”, en la “desmemoria histórica”, en la suplantación de la memoria de la Guerra Civil y de la dictadura. Recordar y conmemorar sólo fue posible en un ámbito privado y semi-público o marginal. Buenos ejemplos son el cine y la literatura. Pocas veces estudios serios se dedican a los tebeos con “su capacidad de hacer visible lo que oculta el triunfalista discurso oficial; su capacidad de alejarse de las celebraciones del caos y presentar imágenes alternativas de España” (p. 51). Desde las historietas, Pedro Pérez del Solar se acerca a la “modernidad” de la década de los ochenta. Rafael Lamas señala paralelismos interesantes entre los protagonistas de las películas de Almodóvar y la zarzuela castiza del siglo XIX. Antonio Fernández Alba se dedica a los cambios arquitectónicos motivados por la transición. Fernández señala su “carácter festivo” y representativo (p. 66). “Transición y espectáculo” se titula el ensayo de Eduardo Subirats donde considera –de forma un tanto polémica y generalizando demasia-

do– que la transición española fue una gran fiesta en la que la puesta en escena mediática predominaba los contenidos políticos. Subirats subraya además que la “banalidad” (p. 78) de la movida o el desencanto no llevaron a un enfrentamiento crítico con el pasado histórico reciente.

El libro, la industria literaria y la crítica literaria son el tema de la aportación asimismo provocadora de Ana Nuño. En su ensayo critica, por un lado, el aislamiento de la crítica literaria española, la “ignorancia” (p. 90) de la disciplina en España frente a aportaciones de América Latina y, por otro lado, la estrategia de marginalización de la producción literaria latinoamericana por las editoriales españolas. Nuño se refiere también a la “*balcanización* de la literatura latinoamericana” (p. 91). A su juicio, se puede hablar sin tener que exagerar de una “nueva conquista y colonización de América Latina” (p. 92). Cristina Moreiras tematiza el cine y la literatura de la transición que en parte se enfrentan al legado de la dictadura franquista. Ella diferencia entre la cultura hegemónica, perpetuada y aplaudida por el régimen y la alternativa marginada, que cuenta la historia que excluye el discurso científico dominante. James D. Fernández se ocupa de la temática de las conmemoraciones con un enfoque comparatista. De sumo interés considero el análisis de Christopher Britt y su interpretación de la transición como el regreso a un imperio ficticio. Se refiere “al *quijotismo* regenerador de imperios quiméricos que ha marcado, desde 1898 hasta 1998, el primer siglo de una España sin imperio” (p. 144). El último ensayo escrito por Carlos Subirats Rüggenberg consiste en un recorrido crítico por la lingüística desde la lingüística nacional-católica hasta la computacional. Las universidades españolas y la Real Academia Española son sometidas a duras críticas.

Todos los autores se distancian de la imagen de la transición modélica. En su totalidad los ensayos del volumen se caracterizan por enfoques independientes. La crítica se dirige en su gran mayoría a la “desmemoria colectiva”. Los autores se basan sobre todo en *El precio de la transición* (1992) de Gregorio Morán y *El mono del desencanto* (1998) de Teresa M. Vilarrós. Echo de menos que no se hayan incluido aportaciones recientes acerca del olvido y de la memoria en la transición que seguramente hubiesen dado una aportación enriquecedora a los estudios aquí presentados. Pero eso no desmerece: se trata de un interesante volumen que en su totalidad enlaza y relaciona de manera lograda —a veces un tanto polémica— varios planos del discurso acerca de la transición, señalando continuidades de la dictadura en la cultura y la sociedad, que se destaca y diferencia con aportaciones de varias disciplinas del dominante discurso de consenso académico sobre la transición.

Andreas Stucki

Florencio Domínguez: *Dentro de ETA. La vida diaria de los terroristas*. Madrid: Santillana Ediciones Generales 2002. 308 páginas.

El libro presenta una aproximación diferente al fenómeno de ETA: penetra en el interior de la organización terrorista y da a conocer “aquellos otros aspectos personales que conforman su realidad cotidiana, aspectos como la convivencia dentro del grupo o las relaciones personales y familiares” (p. 11). También explica el modo de funcionar de los jefes de ETA y la capacidad de intimidación que tiene la cúpula etarra sobre sus miembros; ade-

más, desarrolla la crónica de lo que puede entenderse como el “contra-activismo”, el tiempo de espera que tiene que pasar una gran parte de los militantes liberados antes de que les sea asignada alguna función. Es un tiempo de espera en los grupos de la reserva en Francia, a la que luego sigue una espera diferente en el exilio o finalmente en la cárcel.

La visión que ofrece F. Domínguez de la banda terrorista es desmitificadora. En opinión del autor, la visión mítica de ETA que tiene parte de la juventud vasca garantiza la continuidad de la banda. Está convencido de que “si se conociera mejor la realidad de los miembros de ETA, esta organización perdería esa imagen mitificada que encandila a algunos sectores de los jóvenes vascos y perdería con ello la capacidad de atracción de nuevos activistas” (p. 308).

Para lograr su meta, presentar “una dosis de realidad”, F. Domínguez ha investigado en los diarios personales de los activistas de ETA, en la correspondencia entre ellos y en los documentos internos. Uno de los aspectos especialmente llamativos en el funcionamiento de la banda terrorista es la capacidad de intimidación de su cúpula dirigente sobre sus miembros. De la correspondencia de un activista de ETA (“Karpov”) cita la frase: “Cuando la gente habla tranquilamente, cuando los responsables no están alrededor, se dice de todo, pero cuando viene la gente de la dirección, el silencio es el amo, sumisión” (p. 277). El modelo de organización de ETA está basado “en el centralismo, la jerarquización, la existencia de una cúpula todopoderosa que se renueva a sí misma sin intervención de las bases y la no participación de la militancia en la toma de decisiones y prácticamente tampoco en debates para conformar las opiniones colectivas” (p. 271). Dirigir ETA se ha convertido, según Domínguez, en

saber administrar el miedo, dosificarlo adecuadamente entre las propias filas para mantener la cohesión interna.

El miembro de ETA es un sujeto perseguido por la “sombra de la sospecha”, al que acecha la locura. De todas maneras, pasa la mayor parte de su vida militante esperando en Francia, el exilio o la cárcel. La clandestinidad del etarra afecta a todas las esferas de su vida, incluyendo las relaciones afectivas y familiares. También los allegados a los miembros de ETA acaban sufriendo las consecuencias de esta militancia.

El libro está bien escrito, se lee con fluidez. Probablemente por motivos de seguridad, el autor no indica el origen de sus fuentes, pero cita frecuentemente de correspondencia y documentación interna. Desde hace muchos años se viene ocupando del tema ETA. Con este libro, ha ampliado sus anteriores perspectivas integrando una visión espontánea desde dentro de la organización.

Walther L. Bernecker

Josep Pich i Mitjana: *El Centre Català. La primera associació política catalanista (1882-1894)*. Catarroja: Afers 2002. 295 páginas.

Josep Pich i Mitjana es profesor de historia contemporánea en la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona. En esta misma universidad, Pich presentó en 1998 su tesis de doctorado, donde abordaba el pensamiento y la actividad política de Valentí Almirall i Llozer (1841-1904), una figura clave de la politización del catalanismo en el último cuarto del siglo XIX. La trascendencia de esta investigación se comprenderá, si consideramos que Almirall ha sido menospreciado y hasta ignora-

do en muchos de los análisis históricos sobre el catalanismo político incluso de los últimos decenios. Hay que esperar que el próximo centenario de su muerte sirva para revalorar justamente su aportación a un movimiento político de referencia obligada para explicar la historia de la Cataluña contemporánea.

Pich realizó su tesis doctoral bajo la dirección del profesor Josep Termes, alrededor del cual se mueve un núcleo de historiadores vinculados a sus tesis sobre las raíces populares y democráticas del catalanismo político. La influencia de las tesis de Termes sobre Pich se denota, tanto en el planteamiento de su investigación doctoral, como en el libro que aquí presentamos. Precisamente, en este libro, Pich analiza uno de los aspectos que ya aparecían en su tesis, la intervención de Almirall en el surgimiento y desarrollo del Centre Català (1882-1894), considerado la primera asociación catalanista con objetivos claramente políticos, en el sentido de reivindicar, no sólo la identidad cultural catalana, sino también el autogobierno de Cataluña.

El libro se abre con un prólogo del profesor Agustí Colomines, también discípulo de Termes, donde sintetiza el contenido de la obra y caracteriza el trabajo del autor de riguroso y detallista. Ciertamente, a pesar de que en la publicación se aprecia el esfuerzo de Pich para reducir al mínimo las notas a pie de página, el lector percibe la minuciosidad del autor a la hora de seguir la evolución del pensamiento de los representantes de las diversas orientaciones del catalanismo en la etapa. Ello no es poco meritorio considerando la falta de formulación del ideario de la gran mayoría de estos representantes en los inicios del período estudiado. Justamente, la propuesta politizadora de Almirall forzó a muchos de ellos a posicionarse con más concreción en torno a las aspiraciones del catalanismo.

Pich divide su obra en cinco capítulos, precedidos de una introducción y cerrados por un apartado de conclusiones. En la introducción, el autor, considerando que el Centre Català fue fundado por un grupo que provenía del republicanismo federal barcelonés, contextualiza el movimiento federal en los inicios de la Restauración y nos ofrece los motivos que condujeron a Almirall a distanciarse de él. Así, el derrocamiento *manu militari* de la Primera República en 1874 disgregó el movimiento republicano federal, que ya había mostrado claros signos de división durante la etapa republicana. Los republicanos federales no volvieron a la actividad política hasta finales de los años ochenta, y lo hicieron divididos en organicistas, con Figueras a la cabeza; pactistas, encabezados por Pi y Margall (ambos habían sido presidentes durante la República); y, en Cataluña, los intransigentes provincialistas, dirigidos por Almirall. Este último se planteó entonces la posibilidad de politizar el catalanismo literario de La Renaixensa con la finalidad de conseguir el autogobierno de Cataluña. Almirall comenzó a defender estas ideas en el *Diari Català*, que fundó en 1879. La prioridad que en sus manifestaciones pronto otorgó al sistema político institucional frente a la forma de gobierno, le ocasionó el rechazo del resto de tendencias republicano-federales, con quienes acabó rompiendo.

El rompimiento con el republicanismo federal dio alas a la gestación del Centre Català, que Pich nos explica en el primer capítulo. En 1880, Almirall impulsó la organización del primer Congreso Catalanista con el objetivo de discutir la organización de un Centre Catalanista en Barcelona. Los dos portavoces del catalanismo literario, La Renaixensa y La Ilustración Catalana, si bien con diferencias entre ellas, apoyaron la propuesta de Almirall. En cambio, la politización del catalanismo

fue rechazada por los catalanistas católicos y los carlistas. También los republicano-federalistas rechazaron el Congreso.

Las discrepancias que generó aquel Congreso decidieron a Almirall y a los federal-catalanistas a romper con el catalanismo romántico y literario para impulsar un catalanismo de izquierdas. Paralelamente, Almirall abandonó formalmente el partido federal. Decidido entonces a crear el Centre Català, y ante la disyuntiva sobre en qué opción buscar apoyo, Almirall optó por el grupo de La Renaixensa, aceptando el carácter apolítico de la asociación. Con todo, Almirall no abandonó sus aspiraciones politizadoras. Así, en los primeros meses de su existencia, la dirección del Centre se concentró en la elaboración de un programa político que había de aprobar un segundo Congreso Catalanista. Sin embargo, el eco de este segundo Congreso fue mucho menor que el del primero. Ello, en parte, debe atribuirse a las restricciones en la admisión de los congresistas, que acentuaron la enemistad con los republicano-federalistas. Finalmente, los desacuerdos entre los participantes, junto a algunas incidencias políticas, obligaron a la suspensión del congreso.

En el segundo capítulo, Pich aborda la actividad política inicial del Centre Català, cuya dirección, entretanto, había solicitado al gobernador civil el reconocimiento de los estatutos que permitían la actividad política de la entidad. De esta manera, y a pesar de los recelos de los sectores internos conservadores, el Centre pasó a convertirse en la primera asociación política catalanista. La elaboración y presentación en 1885 del Memorial de Greuges dio una notable popularidad e influencia a la entidad, abriendo paso a su etapa de máximo esplendor. El Memorial, dirigido al rey Alfonso XIII, fue suscrito por representantes de las más destacadas entidades económicas y culturales catalanas y ponía

en evidencia la insatisfacción de la burguesía catalana por los convenios comerciales con Gran Bretaña y la unificación del derecho civil.

La etapa de mayor éxito del Centre Català, a la que el autor dedica los capítulos tercero y cuarto, abarca los años 1885 a 1887. Estos años fueron, también, los de mayor activismo político de Almirall, quien se concentró en la formulación ideológica del catalanismo, convirtiéndose en el principal dirigente del catalanismo politizado. Su obra *Lo catalanisme* es considerada por Pich precursora del futuro nacionalismo catalán. En ella, nos insiste el autor, Almirall formulaba un ideario catalanista liberal, regeneracionista y modernizador, que representa la raíz de la izquierda catalanista posterior.

Los planteamientos de Almirall fueron rechazados tanto por los partidarios de un regionalismo y/o catalanismo antiliberal (Mañé i Flaquer, Torras i Bages), como por los intelectuales centralistas (Núñez de Arce). Estas oposiciones, junto al agravamiento de sus problemas físicos, hicieron que el liderazgo de Almirall comenzase a decaer y que los detractores del proyecto federal catalanista se reforzasen. En 1887, el Centre sufrió la escisión que daría lugar a la creación de la Lliga de Catalunya,

El último capítulo lo dedica Pich a la crisis del Centre Català a partir de 1887. En esta última etapa, el ex carlista Ferran Alsina se convirtió en la cabeza del sector conservador del Centre. Éste reclamaba un cambio de orientación del programa liberal, laico, federal y progresista que definía la entidad. Las críticas de Almirall a la Exposición Universal de 1888, que contaba con el apoyo de la burguesía barcelonesa y de los catalanistas disidentes en el seno del Centre, contribuyeron a romper los vínculos entre los dos sectores del catalanismo. En 1894, la junta del

Centre se disolvió y, refundada con el mismo nombre, ingresó en la Unió Catalanista, que había sido impulsada por la Lliga. La Unió agrupaba a catalanistas conservadores y católicos sin una voluntad férrea de implicarse políticamente. Esta voluntad no cuajaría hasta 1898, cuando el malestar social generado por la pérdida de las colonias impulsó a los catalanistas a presentarse ante la sociedad catalana como la única opción auténticamente regeneradora para Cataluña y para España.

Por último, destacaría dos ideas clave de las conclusiones de Pich para explicar el declive del Centre Català. En primer lugar, la incomodidad del proyecto de Almirall, demasiado catalanista y conservador para los republicanos y, a la vez, demasiado republicano y progresista para los regionalistas conservadores y/o tradicionalistas. En segundo lugar, la endémica incapacidad de entendimiento de los sectores catalanistas para llegar a un consenso básico sobre el programa del catalanismo. Con todo, Pich considera que los primeros éxitos electorales de la politización del catalanismo en las primeras décadas del siglo xx “no pueden entenderse sin tener en cuenta la herencia fructífera del Centre Català y las opciones catalanistas y/o regionalistas, que elaboraron una alternativa al proyecto político e ideológico federalcatalanista encabezado por Valentí Almirall”.

Marició Janué i Miret

Josep Termes: *Història del catalanisme fins al 1923*. Barcelona: Pòrtic 2000 (Pòrtic Monografies, 10). 802 pàgines.

El prestigioso historiador Josep Termes publicó a finales del año 2000 un am-

bicioso volumen titulado *Història del catalanisme fins al 1923*, que desde el momento de su aparición está mereciendo el interés de los estudiosos interesados en conocer un poco mejor el complejo fenómeno del catalanismo. La obra merece esta atención por diversos motivos: por un lado, estamos ante un trabajo de madurez que compendia las lecturas y las reflexiones del autor sobre el catalanismo a lo largo de toda una vida; por otro lado, se trata de una obra novedosa desde el punto de vista metodológico.

Posiblemente, uno de los aspectos más interesantes del libro radica en que en su análisis del catalanismo, Termes no se circunscribe sólo a la vertiente estrictamente política, sino que lo interpreta como un amplio movimiento social y cultural.

En buena medida, la obra de Termes se justifica por la necesidad de disponer de materiales bibliográficos de síntesis que acerquen al lector a la compleja realidad del catalanismo y a sus diversas interpretaciones historiográficas. Como indica el propio autor, disponemos de pocos manuales sobre el catalanismo, déficit que justifica plenamente la aparición del libro que estamos reseñando.

La *Història del catalanisme fins al 1923* nos ofrece un planteamiento metodológico atrevido: la intención de Termes es “hacer hablar” a los historiadores, de manera que opta por reproducir fragmentos de las monografías aparecidas sobre los diversos aspectos y períodos que son estudiados en el libro. Dar el protagonismo a los diferentes especialistas es algo que nadie había hecho hasta ahora y que el lector y el conjunto de los investigadores han de agradecer. En definitiva, aún necesitamos un manual que recoja las diversas interpretaciones historiográficas a partir de las cuales se dibuja la historia del catalanismo. Con este libro, Termes reivindica este

enfoque metodológico y pretende abrir nuevos caminos.

El volumen comienza con una introducción en la cual el autor apunta la necesidad de ir más allá de la vertiente estrictamente política a la hora de interpretar y entender el nacionalismo catalán, y reivindica que hace falta completarla con una historia social y cultural, dado que, como defiende el veterano historiador, el catalanismo se implantó en diversos campos de la sociedad, y no sólo en la política. La historia del catalanismo, afirma Termes, es también, y especialmente, una historia social del catalanismo, hasta el punto que, como él mismo escribe en la introducción, “este libro pretende demostrar –y creo que por primera vez en una síntesis– cómo el catalanismo fué mucho más que una o unas políticas, y que se manifiesta entre intelectuales y artistas, escritores, médicos, arquitectos, obreros y menestrales. Separar analítica y descriptivamente la historia general del catalanismo de la historia de la literatura catalana y de sus artes y letras, sociedades recreativas y populares ha sido un grave error informativo e interpretativo...”. A partir de estas premisas, Termes nos ofrece un manual que se estructura en catorce capítulos, el enunciado y los contenidos de los cuales constituyen una guía comprensible y original de lo que ha sido la historia del catalanismo. Los capítulos son los siguientes: “La represa de la Catalunya vençuda del segle XVIII”, “Els fonaments d’una cultura nacional”, “Barcelona, capital i motor de Catalunya”, “Carlins, federals i catalanisme (1868-1874)”, “La politització del catalanisme a partir del 1874”, “L’Església i el catalanisme durant la Restauració”, “El moviment obrer català al final del segle XIX i les arrels del catalanisme polític”, “L’agitació del final del segle XIX”, “La socialització del catalanisme”, “La via política regionalista a partir del 1901”, “Una dreia i una

esquerra del catalanisme”, “La radicalització del catalanisme (1917-1923)”, “El catalanisme en la cultura i el món popular”, y, finalmente, “La catalanitat obrera o un grup de treballadors radicals entra en escena”. Por otra parte, conviene remarcar que la obra funciona a partir de unos ejes fundamentales: la recuperación de la Cataluña vencida y la fundamentación de una cultura nacional, el resurgimiento del particularismo hispánico, la politización del catalanismo cultural y, por último, la agitación del final de siglo, la configuración de un sistema político catalán y la socialización del catalanismo.

Ciertamente, estamos ante una meritoria obra que se ha convertido ya en un punto de referencia obligado para todos los estudiosos de este complejo movimiento que llamamos catalanismo.

Santiago Izquierdo Ballester

Stefanie von Heeren: *La remodelación de Ciutat Vella. Un análisis crítico del modelo Barcelona. Barcelona: Veïns en Defensa de la Barcelona Vella 2002. 129 páginas y 2 mapas.*

Stefanie von Heeren es una arquitecta que en su trabajo de final de carrera, entregado en la Universidad de Hannover, ha comparado la remodelación del casco viejo de Barcelona con los casos de Bolonia, Glasgow y Nápoles. El libro a reseñar recoge solamente los capítulos dedicados a Barcelona, en una traducción al castellano realizada por Arnim Schulz. Además del texto de la autora, completan el libro un prólogo de Manuel Vázquez Montalbán y un epílogo de Hubertus Pöppinghaus. El libro ofrece nada menos que 215 ilustraciones (fotos, dibujos, carteles, reproducciones de artículos de diario, etc.), 17 cuadros, y dos mapas plegables.

El texto se centra en dos casos ejemplares de la remodelación del casco viejo: la “Rambla del Raval” y la “Avenida de la Catedral al barrio de Santa Caterina”. Para introducir el tema, la autora dedica sendos capítulos a la historia de la ciudad (13 pp.) y a la situación del casco viejo (11 pp.). Ya se deja entrever la posición crítica que la autora mantiene con la política de la administración municipal de abrir zanjas en el casco viejo. Sin presentar todas las cifras, Von Heeren denuncia que la política de derribo y nueva construcción realizada no sale más barata que una rehabilitación (p. 40), que la autora, por regla general, prefiere. Ésta no tendría que respetar solamente la voluntad de los afectados y el patrimonio arquitectónico histórico, sino también la estructura social establecida de los barrios (p. 110).

El capítulo sobre la planificación y realización de la remodelación (pp. 41-68) repasa la historia urbanística de Barcelona desde Cerdà hasta Bohigas, el arquitecto emblema de la administración socialista. El lector aprende lo que es un PERI (Plan Especial de Reforma Interior), y cómo puede ser (o no) cambiado por un ED (Estudio de Detalle) o un PE (Plan Especial). Se explica qué es un Pla d'Actuació Integral, una ORCV (Oficina de Rehabilitació Ciutat Vella) y qué papel juega el INCASOL (Institut Català del Sol), para citar solamente los acrónimos más importantes. Quedan a la vista los solapamientos de competencias entre Ayuntamiento y Generalitat, y cómo la rivalidad influye en la formulación de los planes.

Pero la pieza clave del sistema, según Von Heeren, es la empresa PROCIVESA (Promoció de Ciutat Vella). Esta Sociedad Anónima, fundada en 1988 con un 61% de capital público,¹ es el blanco de las críticas

¹ En 2002, se convirtió en FOCIVESA.

de nuestra autora. Utilizando un esquema aplicado por primera vez en las obras de los Juegos Olímpicos, el Ayuntamiento pasó responsabilidad y derechos (por ejemplo sobre la expropiación) a una sociedad anónima, que se encarga de los derribos y de la nueva construcción. Puede operar en los mercados financieros y lo hace, según la autora, con fines especulativos. Ingresa los alquileres de las viviendas rehabilitadas y de nueva construcción. Recibe y administra las subvenciones locales y el muy importante dinero europeo. Con este repartimiento de tareas, no hay un interés institucional en rehabilitaciones respetuosas y en la participación de los habitantes (p. 68).

La autora habla en su capítulo central de la “tabula rasa” que la remodelación dejó en los barrios del Raval y de Santa Caterina (pp. 69-109). Aquí como a lo largo de todo el libro acusa a PROCIVESA y en general al Ayuntamiento en un lenguaje claro y sobre todo contundente: PROCIVESA privaría a los afectados de sus derechos como expropiados persuadiéndoles de firmar contratos de venta por mutuo acuerdo (p. 60); no permitiría participar a las Asociaciones de Vecinos, pero haría constar esta participación en los documentos enviados a Bruselas (p. 62); se practicaría una “malversación de fondos públicos de la Unión Europea”, “la especulación inmobiliaria”, “las expropiaciones a gran escala”, con lo cual se llegaría a “la destrucción incontrolada de muchos barrios del centro histórico” (p. 66). También se afirma que “La Comisión Europea [...] es engañada de manera intencionada por el Ajuntament” (p. 68). Incluso se insinúa que el Ayuntamiento practica la degradación intencionada, a sabiendas de que con el consiguiente aumento de la criminalidad se llegaría con más facilidad al derribo deseado de los edificios (p. 69).

Los argumentos lógicos y los materiales empíricos aportados por la autora para

justificar sus críticas son de valor desigual. Por ejemplo, aporta una documentación riquísima para comprobar la destrucción del patrimonio arquitectónico-urbánico, y demuestra cómo el Ayuntamiento usa los PERI para dejar en papel mojado el Plan Especial de Protección del Patrimonio. Para hacer plausible el argumento de la malversación de subvenciones del fondo de cohesión europeo, explica el divertido detalle de cómo el proyecto “Abertura de la Avinguda Cambó” se convierte, en un santiamén, en el proyecto de “Mejora Medioambiental del Casc Antic, Abertura del Acceso Cambó, y Jardines Montanyans/Metges” (pp. 66-67).² Desgraciadamente, el reproche central, la especulación financiera, aunque muy plausible, no se comprueba tan claramente con ejemplos y cifras.

En su resumen y crítica (pp. 110-113), la autora afirma, otra vez, su posición, y critica la política del Ayuntamiento. Para ella, la política de remodelación barcelonesa no es modélica, a pesar de los premios que recibió. En cuanto a la protección del patrimonio, Bolonia y Nápoles merecieron los elogios; en cuanto a la participación de los afectados, Bolonia y Glasgow. Lógicamente, concluye que “el modelo de Barcelona no puede ser una recomendación para otras ciudades que comparten una herencia histórica similar” (p. 113).

En un corto epílogo, el arquitecto alemán residente en Barcelona Hubertus Pöppinghaus intenta “despertar” al lector y “crear una defensa común” contra “la infame maquinaria destructora y especuladora llamada PROCIVESA” (p. 114). Pöppinghaus es miembro de la Asociación

² La autora parece desconocer el argumento de que la creación del Fondo de Cohesión obedecía a la necesidad de un *pay-off* a ciertos estados.

de Vecinos que edita la obra y que había ayudado a la autora a realizar su trabajo de campo.

En su prólogo, el conocido autor Manuel Vázquez Montalbán aplica una lengua algo menos contundente. Él salva, de manera más clara que la autora, la política realizada antes de los Juegos Olímpicos de 1992, en concreto la salida al mar, la mejora de las comunicaciones, la remodelación del Montjuïc, y la política de edificios emblemáticos. Pero en cuanto a la remodelación de la ciudad vieja, y a pesar de que la administración continúa en manos de la izquierda, comparte en buena manera las críticas de Von Heeren. En par-

ticular, teme que, como consecuencia de “las prácticas del despotismo ilustrado de una administración cerrada a la posibilidad de una auténtica democracia participativa”, Barcelona pierda buena parte de su posible memoria de ciudad mestiza, obrera y literaria (pp. 9-10), sacrificada en el altar de un economicismo peligroso.

En estos momentos (2003), la ciudad se está preparando para realizar el Forum de las Culturas de 2004, pretexto para muchas intervenciones urbanísticas. Se puede decir que, a pesar de sus deficiencias, el libro viene en un momento oportuno.

Klaus-Jürgen Nagel